

Jesus y de Maria, no solamente aqui bajo, sino tambien en el cielo, no dudémos que, si le imitámos fiel y perseverantemente, participáremos de su recompensa celestial. Así séa.

## FESTIVIDAD DE SAN JOSÉ.

### CUARTA INSTRUCCION.

#### San José, nuestro protector.

##### I. Poder de San José. — II. Bondad de San José.

El Evangelio de que á cabo de daros lectura nos muestra á San José constituido en protector de la Santa Virgen de una manera muy particular, y destinado de igual manera á proteger al Niño-Jesus, desde hubo hecho su aparicion en este mundo. Pues esta doble proteccion, la continuacion de la historia sagrada nos enseña que San José la há ejercido con una constancia no desmentida, con una afección que nada há cansado, con un héroísmo que há sobrepujado á todas las dificultades. Las circunstancias del nacimiento del Salvador, la huida de la sagrada familia á Egipto, su vuelta á Nazaret, la busca del Niño-Jesus perdido en Jerusalem, cuando tenía doce años, suministran pruebas tán numerosas como brillantes. Pero, desde que la muerte acabó con el cargo que le estaba confiado aqui bajo, respecto de Maria y del Niño-Jesus, há puesto San José un termino á su caridad y á su abnegación? No lo créais, cristianos. Si el cielo es la mansion del eterno reposo, no lo es de la indiferencia. Es por esto que San José, no teniendo yá que proteger á Jesus y á Maria, se há hecho el protector de todos nosotros, hermanos de Jesus é hijos de Maria, trasladando á nosotros toda su solicitud y todo su afecto. Si, cristianos, así es, la Iglesia lo há declarado oficialmente<sup>1</sup>. San José es

1. *Decretum Urbis et Orbis*. Quemadmodum Deus Josephum illum a Jacob patriarcha progenitum constituerat universæ terræ Ægypti ut populo frumenta servaret, ita temporum plenitudine adventante cum

nuestro protector cerca de Dios. Y no un protector como los demás santos, que todos lo son. Sino que es el primero y el mejor de todos los protectores, como me propongo haceroslo ver hablandóos,

Filium suum unigenitum mundi salvatorem in terram missurus esset, alium selegit Josephum, cujus ille primus typum gesserat, quemque fecit Dominum et Principem domus ac possessionis suæ, principaliumque thesaurorum suorum custodem elegit. Siquidem desponsatam sibi habuit Immaculatam Virginem Mariam, ex qua de Spiritu Sancto Natus est Dominus noster Jesus-CHRISTUS, qui apud homines putari dignatus est filius Joseph, illique subditus fuit. — Et quem tot reges ac prophetæ, videre exoptaverunt iste Joseph non tantum vidit, sed cum eo conversatus, eumque paterno affectu complexus deosculatusque est; necnon solertissime enutrivit quem populus fidelis uti panem de cælo descensum sumeret ad vitam æternam consequendam. Ob sublimem hanc dignitatem quam Deus fidelissimo huic servo suo contulit, semper beatissimum Josephum post Deiparam Virginem ejus sponsam Ecclesia summo honore ac laudibus prosecuta est, ejusdemque interventum in rebus anxiis imploravit. Verum eum tristissimis hisce temporibus Ecclesia ipsa ab hostibus undique insectata adeo gravioribus opprimatur calamitatibus, ut impii homines portas inferi adversus eam tandem prævalere affirmarent, ideo venerabiles universi orbis catholici sacrorum Antistites suas ac Christi fidelium eorum curæ concreditorum preces Summo Pontifice porrexerunt, quibus petebant ut sanctum Josephum Catholicæ Ecclesiæ Patronum constituere dignaretur. — Deinde, cum in sacra æcumenica Synodo Vaticana easdem postulationes et vota enixius renovassent, sanctissimus Dominus Noster Pius Papa IX nuperima ac luctuosa rerum conditione commotus ut potentissimo sancti patriarchæ Josephi patrocinio se ac fideles omnes committeret, sacrorum Antistitem votis satisfacere voluit, eumque *Catholicæ Ecclesiæ Patronum* solemniter declaravit; illiusque festum die decima nona martii occurrens, in posterum sub ritu duplici primæ classis, attamen sine octava, ratione quadragesimæ, celebrari mandavit. Disposuit insuper ut hac die Deiparæ Virgini Immaculatæ ac castissimi Josephi sponsæ sacra hujusmodi declaratio per præsens sacrorum Rituum Congregationis Decretum publici juris fieret. Contrariis non obstantibus quibuscumque. Die VIII decembris anno 1870.

en la primera parte de esta instrucción, de su poder, y en la segunda, de su bondad.

I. — *Poder de San José.* — San José no solamente es más poderoso que ningún otro santo; es más poderoso que todos los santos juntos, y también que todos los santos reunidos á todos los ángeles y á todos los espíritus celestiales. El poder extraordinario de San José viene de que él puede hablar, en cierto modo, con autoridad, ya á la Santísima Virgen, que es el conducto de las gracias divinas, ya á Jesucristo, Salvador de los hombres, que es el manantial de las gracias, ya al mismo Dios, que es el inagotable depósito.

San José puede hablar, en cierto modo, con autoridad á la Santísima Virgen, conducto de las gracias divinas, porque es su esposo, y por consiguiente, su dueño. Ciertamente, no se podría suponer á la Santísima Virgen menos perfecta que debe serlo toda mujer cristiana. Pues los apóstoles San Pedro y San Pablo hacen á todas las mujeres un deber riguroso de estar sumisas y obedientes á sus maridos, en todo lo que no sea contrario á la ley de Dios<sup>1</sup>. Si todas las mujeres deben ser sumisas y obedientes á sus maridos, nadie duda que la Santísima Virgen lo esté á San José, su esposo. Cuando este suplica á la Santísima Virgen que se interese por un alma que quiere y á la cual desea favorecer, al instante la Santísima Virgen accede á la suplica como si fuera una orden y pide á su divino Hijo, por el alma que le es recomendada, las gracias de que tiene necesidad, los favores que desea. Si la Santísima Virgen escucha con tanta benevolencia las suplicas de los pobres pecadores, hasta el punto de que no se ha oído nunca hablar, dice san Bernardo, de alguno que la hubiéramos invocado en vano; cuál no debe ser su diligencia en cumplir lo que le pide su santísimo y muy venerado esposo!. Debe cumplirlo con una diligencia tanto mayor, cuánto que en el cielo las perfecciones de aquí bajo siendo todavía mayores, la sumisión de la Santísima Virgen respecto de San José será más perfecta todavía, si se puede,

1. I. Petr. III, 4; Eph. V, 22; Colos. III, 18.

y si es permitido así decirlo. Y es más perfecta la sumisión de la Santísima Virgen á San José, mayor será el poder de este santo, cuya sola palabra tendrá el valor de una orden siempre ejecutada<sup>1</sup>.

San José puede hablar con autoridad no solamente á la Santísima Virgen, que es el conducto por donde vienen á nosotros las gracias divinas, sino también, hemos añadido, á Jesucristo, Salvador de los hombres, que es el manantial de ellas. Y porqué San

1. Con qué confianza San José no puede mandar (en el cielo), puesto que es un esposo que se dirige á su esposa, un padre que se dirige á su hijo, y sus suplicas tienen el valor de un mandato. (Gerson, citado por Morales, *La santa familia*, t. 2. c. 3.). — Este derecho de José puede probarse de la manera siguiente: Si es cierto, como la enseña Santo Tomás, que la gracia en esta vida no destruye la naturaleza, sino que la perfecciona, cuánto este efecto no debe ser producido de una manera más excelente y más perfecta en la otra vida por esta misma gracia que persevera, según esta palabra de San Pablo, I, Cor. XIII, 8: *La caridad no acabará nunca*; sino que persevera en estado de consumación. Pensamiento que Santo Tomás expresa en estos términos: « Por estas palabras: *La caridad no acabará nunca*, el Apóstol ha querido decir que será mantenida en la vida futura como en la vida presente; pero recibiendo grandes aumentos, según esta palabra de Isaías, XXXIV, 9: *Hé aquí lo que dice el Señor que vivifica en Sion* (es decir en la Iglesia militante), *y abrasa en Jerusalem* (es decir en la patria celestial). » Pues las relaciones sagradas que existen en este mundo entre Jesús, María y José, serán conservadas de una manera más perfecta en el cielo. (Morales, loc. cit.). — Puesto que la gracia y la gloria, en lugar de destruir la naturaleza, le elevan y la perfeccionan, pensémos con una piadosa confianza que, si el hijo está ligado por la ley de la naturaleza con su madre y con su padre, y la madre con su esposo, en virtud de la misma ley Jesucristo está ligado con María, María con su esposo, y uno y otro con su fidelísimo, muy vigilante y muy afectuoso custodio y sostenedor, san José, que fué el jefe de María, teniendo sobre ella una real autoridad, como María tenía sobre Jesús la autoridad natural de una madre. (Gerson, loc. cit.).

José puede hablar con autoridad á Jesucristo? Puede hablarle con autoridad, porque há sido establecido su padre por Dios. Es el título que le dá repetidamente en el Evangelio, escrito bajo la inspiracion del Espiritu Santo. Si, á la verdad, él no es su padre por naturaleza, há debido, por lo menos, llenar respecto de él todos los oficios de la paternidad. Es él, quién há velado por Jesus en todo el tiempo de su infancia y de su juventud; él, quién le há protegido contra todos los peligros que le hán amenazado, principalmente contra el furor de Hérodes, llevandole á Egipto; él, quién le há alimentado con el pan ganado con el sudor de su frente; él, quién le há iniciado en el conocimiento del oficio destinado á proveer á sus necesidades materiales. Así, que al mismo tiempo cumplia respecto de Jesus con todas las cargas de la paternidad, há constantemente gozado de sus prerrogativas. Es decir que, mientras vivió, há sido honrado y obedecido por Jesus, que le consideraba en todas cosas y en todas circunstancias como su verdadero padre. De suerte que José mandaba á Jesus todo lo que este tenia que hacer, y Jesus obedecia á José con una entera sumision. No sabemos tampoco de Jesus, desde su duodécimo hasta su trigésimo año, otra cosa más que su sumision á Maria y á José<sup>1</sup>. Pues lo que deciamos de la Santa Virgen se debe aplicar aquí á Jesus, á saber, que en el cielo la autoridad de José sobre Jesus no está disminuida, sinó más bien perfeccionada todavía y cómo consagrada. De donde se sigue que, así como José mandaba á Jesus en la tierra, le manda también en el cielo; y así como Jesus estaba aquí bajo sumiso á las voluntades de José, también le está sumiso en el cielo. Cuando San José se dirige á Jesus para pedirle una gracia en favor de alguno que le suplica obtenerla, Jesus no se detiene á examinar si el solicitante es digno ó no de lo que implora; él no vé más que á San José que se la pide, y al momento, así como hacia en la tierra, se inclina ante la palabra de José y concede la gracia pedida. Y no nos asombrémos de esta au-

1. Luc. II, 51.

toridad de San José en el cielo. Una sola reflexion bastará para explicarla. Cómo Jesus podría rehusar algo, en el cielo, á San José que no omitió por él nada en la tierra? Jesus seria menos bueno, en su reino, que José no lo fué en el lugar de su destierro<sup>1</sup>?

1. El Altísimo dá solamente gracias á los demás santos para socorrerlos en tal ó cuál necesidad, pero el glorioso San José, lo sé por experiencia, estiende su poder á todos. Nuestro Señor quiere hacernos entender por ahí que, del mismo modo que le estuvo sumiso en esta tierra de destierro, reconociendo en él la autoridad de un padre sostenedor y de un gobernante; de igual manera se complace también en hacer su voluntad en el cielo, atendiendo todas sus peticiones. (Santa Teresa, *Su Vida*, lib. 6). — Ved lo que los hijos de los reyes hacen por sus nodrizas, y cuántos favores obtienen de ellos para sus amigos. No creáis que Cristo olvida nunca lo que debe á San José, ni cuántos trabajos este hombre há sufrido por él... Comparase á Cristo con un leon, á causa de la generosidad y de la nobleza de su corazón. No hay nadie más reconocido que el leon, nadie que satisfaga con más diligencia las deudas de reconocimiento por un beneficio recibido. (Christophe de Cheffontaine, ap. Morales, loc. cit.). — No vacilaréis seguramente en creer que el leon de la tribu de Judá no tanga más generosidad que el animal feroz que es su representacion: (Morales, loc. cit.). — Lo que merece ser notado principalmente, es que San José há prestado sus servicios á Nuestro Señor Jesucristo en el tiempo de su infancia, de su adolescencia y de sus humildes trabajos. Pues esos son los servicios que los reyes tienen la costumbre de recompensar con la mayor magnificencia, como lo nota muy oportunamente Christophe de Cheffontaine, en su *Tratado de la perpetua castidad de Maria y de José*. Hé aquí sus propias palabras: « San José, entre tantos trabajos y peligros de muerte, há sido siempre constante como un Martir; há sufrido mucho con Cristo, que há sido compañero de sus peligros, de sus pruebas y de sus tormentos: no debe también reinar y ser glorificado con él? *Si sufrimos con él*, dice el Apostol, *con él reinarémos*. II. Timot. II, 12. Deducid de ahí cuáles deben ser en el cielo la gloria, la autoridad y la dicha de San José. Los reyes, en efecto, no tienen tanto reconocimiento por los que les sirven cuando están gloriosamente sentados en su trono, como por los que permanecen fiel y

San José puede hablar, en cierto modo, con autoridad, hemos dicho por ultimo, al mismo Dios. Sin duda, es por una gracia insignificante que San José ha sido elegido, de toda eternidad, para ser el padre del Verbo encarnado, su protector y su guía, y, al mismo tiempo, el jefe de la santa familia. Pero también San José se ha mostrado a la altura del gran cargo que le había sido destinado. Nada ha rehusado de todo lo que le ha sido pedido. No ha rehusado el vivir con María virgen. No ha rehusado creer en la palabra del ángel anunciándole el misterio de la Encarnación. No ha rehusado el imponer silencio a sus injustos temores y conservar con él a su

constantemente adictos a su servicio, mientras que todavía eran jóvenes, y que no había ninguna certeza de verles subir al trono. Por consiguiente, los mártires, sufriendo por Cristo entrado en posesión de su gloria, han adquirido, sin duda alguna, grandes méritos; pero mucho mayores son todavía los méritos de San José que ha consentido sufrir por Cristo toda suerte de peligros y de sufrimientos con un amor y una constancia admirables, cuando este divino Salvador era todavía niño, y no dejaba aparecer ningún presagio de su futura magestad real. (Morales, loc. cit.) — Tributemos toda clase de honores en la tierra a este José que Dios el Padre glorifica en el cielo, que Dios el Hijo ha reconocido por su padre y su custodio en este mundo, que le honra con estos dos títulos en los cielos, y que María, por último, rodea de consideraciones como su esposo. Y este culto y estos honores no serán sin resultado para nosotros. Si, en efecto, los servidores y los amigos pueden mucho cerca de Dios, y si Dios se complace en atender a sus deseos, ¿qué no podrá San José con sus cualidades de padre y de guardador fiel y muy amado? Un día Cicerón, defendiendo a Dejotarus que había hospedado a César, decía al dictador: « Yo os conjuro por esta mano que habeis tendido a este hombre cuando recibiais su hospitalidad en su casa, a perdonarlo! » Y esta gracia fué concedida. Con qué confianza no podemos nosotros copiar estas palabras, y decir a Jesucristo: « Yo os conjuro por esta mano que habeis tendido antiguamente a José, cuando él os recibía en su casa, perdonadme mis faltas, concedme vuestros favores, y aunque soy indigno, dignáos concederme el favor de vuestra protección (Christophe de Cheffontaine, loc. cit.).

santísima esposa un momento sospechada. No ha rehusado el ser el padre putativo de su hijo. No ha rehusado adorar a Jesús al nacer, y ver en él a su Dios, apesar de su pobreza, de su debilidad y de sus inconcebibles humillaciones. No ha rehusado abandonar su patria para sustraerle al furor de Hérodes, y llevarle, a él y a María, por la noche, de una a otra parte del desierto, a Egipto, país idolatra, en el cual no conocía a nadie, y en donde debió tener que sufrir las más extremas y duras de las privaciones. Habiendo hecho todo esto, y muchas otras cosas parecidas, no es verdad que, cuando él se presenta delante de Dios por pedirle alguna gracia que se le ruega que obtenga, puede decirle con un respetuoso atrevimiento: Señor, no he rehusado yo nunca hacer por vuestro divino Hijo y por vuestra Madre lo que me habeis mandado; podiais ahora rehúsarme tal gracia que os pido, en favor de tal persona que la solicita por mi mediación? Si; él puede tener este lenguaje, y Dios no puede cerrar el oído a su voz; porque entonces José habría sido mejor y más benéfico que no lo sería Dios, lo cual es imposible; puesto que, en suma, no hay en los hombres más que la bondad que Dios pone, y no puede poner más de la que tenga en sí mismo<sup>1</sup>.

Tal es, pues, el poder de San José, que puede hablar con autoridad en el cielo, ya la Santísima Virgen, conducto de las gracias, ya a Jesucristo, manantial de las mismas, ya al mismo Dios que es el de-

1. Es creíble que Dios ame menos a San José en el cielo que le amaba en la tierra, habiéndole elegido para ser su principal favorito y para siempre, durante su vida mortal? Es de creer que no continúe el mismo favor en el cielo teniéndole siempre cerca de su persona? Si alguno lo dudare, yo le preguntaría, ¿qué ha hecho San José para perder el favor de su Dios y de su Hijo? Es a causa de los infinitos servicios prestados, con un celo tan ardiente, con una humildad tan profunda y con una fidelidad tan inviolable? Es, por esto, que ha podido caer en desgracia y merecido el no ser ya su primer favorito en el cielo como lo ha sido en la tierra? (d'Argentan Confer. sobre las grandezas de la Santa V. M. conferen. 10.).

posito infinito. De suerte que nada es imposible á este gran santo, puesto que su poder no tiene otros límites que los del poder de Dios mismo, que no los tiene. Cualquier gracia, pues, que tengámos que pedirle, él puede obtenerla, ya haciendo presentar nuestra supplica á Dios por la Santa Virgen ó por Jesucristo, ya presentándola directamente él mismo <sup>1</sup>.

Pero, San José quiere siempre poner á nuestra disposición su admirable poder? La respuesta á esta pregunta va á suministrarnos para la segunda parte de la presente instrucción, asunto en el que vamos á ver cuál es la.

II. *Bondad de San José.* — Tres reflexiones pueden ayudarnos á comprender cuán grande es la bondad de San José.

Desde luego, sabemos que há sido el objeto de una predestinación particular de la parte de Dios. San José es la segunda persona humana en la cual Dios há pensado en la eternidad de sus designios. La primera persona cuya creación fué acordada es el Verbo encarnado, que es una persona divina. Es, sobre este modelo, que há sido hecho el hombre, segun esta palabra dicha por Dios en el momento de criar á Adán? *Hagámos al hombre á nuestra imagen y semejanza* <sup>2</sup>. Pero, el designio del Hombre Dios resuelto, era preciso que hubiése una madre humana, y es

1. Si es cierto, como dice San Bernardo que Jesucristo, que es nuestro abogado cerca del Padre, le muestra sus sagradas llagas y su adorable sangre derramada por nuestra salvación, que la Santa Virgen muestra á su Hijo su seno y el pecho que lo alimento, no podemos añadir que San José muestra á su Hijo y á su Madre las manos y los sudores vertidos trabajando para ganar su vida en la tierra? Y si hay razón para decir que el Padre eterno no puede rehusar nada á su Hijo amadísimo, cuando le habla por sus llagas, ni el Hijo rehusar nada á su Santísima Madre cuando le habla de su Seno, no es de creer que ni el Hijo ni la Madre no pueden rehusar nada á San José, cuando les supplica por sus manos consagradas á su servicio durante toda su vida? (d'Argentan, loc. cit.).

2. Gen. 1, 26.

por eso que Maria es la primera criatura humana cuya creación fué resuelta. Pero, debiendo Maria servir de modelo á todas las mujeres, en cualquier condición que se encontrásen, era preciso que ella tuviese un esposo, y así es como San José es la segunda criatura humana que Dios resolvió criar. En el plan divino, José fué, pues, criado para ser esposa de Maria, y por consiguiente, el padre putativo del Verbo encarnado, es decir, del Hijo de Dios hecho hombre. Luego, qué se sigue de esto? Siguese que Dios, que proporciona sus gracias segun los designios que tiene sobre cada una de sus criaturas, há necesariamente adornado el alma de José con dones excepcionales, y principalmente, con una bondad extrema. Concibiáse, en efecto, que no hubiese dado más que una bondad común al que destinaba á ser el esposo de Maria y el padre putativo de su unico Hijo? Habria así provisto, suficientemente, para las exigencias de un destino semejante? Maria habria encontrado en él un esposo, notable por sus condiciones, y el Hijo unico de Dios, un padre putativo digno de él? No; una bondad ordinaria no bastaba á San José para la realización de los designios de Dios sobre él; y si una bondad ordinario no le bastaba, Dios le há dado una extraordinaria y sobreeminente. Esto no puede ofrecer duda.

Ya extraordinaria y sobreeminente en su origen, la bondad de San José no há cesado de crecer todavía, y de perfeccionarse por su contacto diario con la Santísima Virgen. Es de experiencia común que tomámos todos, más ó menos, los defectos y las cualidades de las personas con quienes vivimos. Este hecho está pintorescamente expresado por el proverbio muy conocido: Dime con quién vas y te diré quién eres. Es muy raro, en efecto, ver á uno vivir con un perezoso, con un impudico con un borrocho, y que no llegue á ser borrocho, impudico y perezoso. No es verdad que un fruto sano, colocado con otro podrido, se pierda? De igual manera, es constante que cuando se vive habitualmente con una persona sensata, virtuosa y buena, precisa ser muy malnacido y tener una voluntad muy perversa, para no ser virtuoso, sensato y bueno. Si ya se está animado de buenas dispo-

siciones, entonces los progresos que se hace en el bien son mucho más rápidos y más señalados. Siendo ciertos todos estos principios, comprendámos qué perfeccion há debido adquirir la bondad de San José, como consecuencia de su continuo trato con la Santísima Virgen, que es, de todas las criaturas, en la que Dios há puesto mayor bondad, lo misma que de todos los demás dones! En la bienaventurada sociedad de la Santísima Virgen, San José tenía constantemente ante la vista ejemplos de la bondad la más completa, la más delicada, la más generosa y la más desinteresada. Todos sentían los efectos de esta bondad inagotable, que era ingeniosa en multiplicar las ocasiones de ejercerla; todos digo, y cada cual según la necesidad del momento: á los afligidos, ella ofrecía consuelos; á los que estaban desnudos, ella daba sus vestidos; á los que tenían hambre, ella daba su modesta comida; á los mismos malvados, hacia oír palabras de benevolencia y de paz. Quién, aun siendo perverso, no se convertiría en bueno, en medio de semejante sociedad? Pero, qué no llegaría á ser un corazón, ya bueno, cómo era el de José! Un corazón lleno de bondad, colocado cerca de semejante tesoro de gracia, debía inflamarse y arder, cómo sucedería á un haz de paja seca que se encontrara al lado de una de hoguera.

Sin embargo, la bondad nativa de San José encontró más poderoso auxiliar todavía en su intimidad con Jesús. Tan grande como fué la bondad de María, no era más que una bondad creada, un desprendimiento de la bondad divina. Con Jesús, San José se encontraba en contacto con el oceano infinito de la bondad increada. Que decir aquí para dar una idea de lo que fué para San José su intimidad con Jesús? Sabémos que San Juan, por haberse apoyado algunos instantes, solamente, sobre el pecho del divino Maestro, há llegado á ser el évangélista y el apóstol de la caridad. Pero no es solamente una vez, durante algunos instantes apenas, que San José há estrechado en sus brazos á Jesús, y que há colocado su propia cabeza sobre el pecho del divino Niño; es centenares y millares de veces, y durante largas horas, que há sentido su corazón sagrado

latir contra el suyo. Oh! en estos momentos benditos, cómo del corazón de Jesús, la caridad, la bondad, la ternura, el afecto, la generosidad y la abnegación se habrán desparramado, sin medida y sin reserva, en el corazón de José! Oh! qué amor á los hombres há debido inspirarle, él, del quién se há dicho que *há pasado haciendo el bien*<sup>1</sup>, curando á los cojos, volviendo la vista á los ciegos, el oído á los sordos, la palabra á los mudos, lanzando los demonios del cuerpo de los poseídos, curando todas las enfermedades, resucitando á los muertos, y haciendo todo esto por pura bondad de corazón, así en provecho de los ingratos cómo de los que debían serle reconocidos, y colocarse en el número de sus discípulos! Qué tierna caridad sobre todo no debió inspirarle por las almas, que venía á rescatar con sus sufrimientos, á costa de su misma sangre y de su vida! No; nadie puede saber cuál es la grandeza, la elevación, la profundidad y la inmensidad de la bondad de San José, creada por Dios especialmente para este augusto patriarca, y perfeccionada por él mismo con el contacto y con la familiaridad de María y de Jesús. Pero, lo que se puede fácilmente comprender, es que esta bondad es grandísima, y que excede en mucho á la de todos los demás santos, del mismo modo que su poder sobrepaja igualmente de mucho.

*Conclusion.* — Así, San José es inmensamente poderoso é inmensamente bueno. Este poder y esta bondad hacen de él, después de María, el mejor de nuestros protectores. Porque, por una parte, todo lo que necesitamos, él puede obtenerlo de Dios; y por otro lado, su tierno corazón se compadece profundamente de todas nuestras penas, y no desea nada más que asistirnos empleando su gran crédito para nosotros. Vayámos á él, cristianos; vayámos con fé, vayámos con confianza, y él nos obtendrá seguramente de Dios lo que le pedirémos. Las maravillas que se cuentan del José del antiguo Testamento no tienen comparación con las maravillas realizadas por el San José del Evangelio. Porque áquel no disponía

1. Act. x, 38.